

bró su espada, ó más bien, mientras que esta espada estaba aún en sus manos, porque desgraciadamente el mundo no puede pasar sin ella, enviaba á sus hijos á que fundasen el Oratorio; á que poblasen la Compañía de Jesús para educar á la juventud, visitar á los enfermos, convertir á los indios y civilizar á los negros. Al mismo tiempo enviaba también sus hijas á que se sepultasen en las Carmelitas, en las Claras y en la Visitación, para que, como víctimas de agradable olor, consiguieran con más éxito que la política de los Reyes y las hazañas de la Liga, detener los estragos del protestantismo.



## CAPÍTULO XII

Partida de la señora de Chantal.

1608—1610

LA vocación de la señora de Chantal estaba ya decidida. Después de largos y ardientes deseos por su parte, después de sabias dilaciones por la de San Francisco de Sales, se había definitivamente decidido que la señora de Chantal abandonaría el mundo en el momento en que las circunstancias se lo permitiesen; pero que no se retiraría á las Carmelitas, adonde Dios no la llamaba, ni tampoco á ninguna de las Ordenes religiosas que había entonces en la Iglesia, y que servían á Dios con la penitencia y oración, sino que formaría una nueva Congregación, cuya idea, plan y reglas generales, habían sido reveladas por Dios al Santo Obispo de Ginebra. Faltaba buscar los medios de realizar este proyecto, y precisamente en este punto se presentaban una infinidad de dificultades casi invencibles; dificultades felices, sin duda, porque hicieron que los dos Santos desplegasen toda su dulzura, su singular prudencia y la sabia circunspección de su conducta, cosa que siempre es muy útil en empresas de esta clase, pero que era absolutamente precisa en ésta, porque á los prodigios de paciencia debían suceder muy pronto prodigios de fortaleza; y este negocio, tan lenta

y sabiamente tratado, iba á terminarse por un golpe tan vigoroso, cual el mundo admirado no ha visto repetirse otra vez.

La principal dificultad era desatar los lazos innumerables que sujetaban á la señora de Chantal en Borgoña. Su venerable padre, cuya casa dirigía ella; su suegro, de ochenta años, que contradiciéndola siempre, no podía pasarse sin ella; su hijo, único heredero de su nombre, que apenas entraba en los quince años; sus niñas, de las cuales la mayor sólo tenía doce, eran otros tantos lazos de amor que encadenaban á la señora de Chantal, y la imposibilitaban para seguir su vocación.

Lo que aumentaba esta primera dificultad era la precisión de establecer en Annecy, fuera de Francia, la nueva Congregación. Los dos Santos Fundadores consideraban necesaria esta medida. En Annecy era donde San Francisco de Sales, arrebatado en éxtasis, había visto el manantial misterioso, tan pequeño en su principio, que debía luego hacer correr por todo el mundo sus hermosas y abundantes aguas. «Por otra parte—decía Santa Juana Francisca,—¿no es absolutamente preciso que esta viña se plante cerca del Santo Obispo, á fin de que éste, con su mano inteligente, plante y arranque en ella todos los días lo que el divino Padre de familias le revele ser más á propósito para mejorarla y aumentarla?» Pero de aquí nacía otra dificultad. Annecy era una ciudad pobre, metida entre montañas estériles; San Francisco de Sales, desterrado de Ginebra, era más rico de virtudes «que de escudos;» y en cuanto á la señora de Chantal, ni ésta, ni el Santo Obispo pensaron jamás en que al dejar su familia se llevase ni un óbolo. Esta falta absoluta de recursos era, no obstante, lo que llamaba menos la atención; porque sucede en las obras de caridad lo que en las de Dios, que se hacen de nada, y nunca salen mejor que cuando se principian con las manos vacías.

La verdadera dificultad consistía en sacar á la señora de Chantal de su familia y de Borgoña; y era esta dificultad tan grande, que el mismo San Francisco de Sales la creía invencible por entonces, y estaba decidido á retardar la realización de su proyecto hasta que pasasen siete ú ocho años, época en que los cuatro hijos de la señora de Chantal podrían estar colocados y casados.

Una circunstancia, en apariencia de ningún valor, vino de repente á dar alguna luz en medio de estas tinieblas. El día del *Corpus*, volviendo la señora de Chantal muy fatigada de la procesión, quiso subir á su cuarto para descansar un instante. Tres ó cuatro caballeros que encontró á su paso, la ofrecieron el brazo para subir. Rehusó al principio con amabilidad, pero viendo entre ellos al joven Barón de Thorens, hermano de San Francisco de Sales: «¡Oh!—dijo,—éste ha de ser mío,» y aceptó su brazo. Este afectuoso cumplido corrió de boca en boca, y llegó á oídos de la señora de Boisy, quien creyó ver en estas palabras una alusión en que no había pensado la señora de Chantal; y la idea de un matrimonio entre el joven Barón de Thorens, su hijo, y María Amada, la mayor de las hijas de la Santa, la vino á la imaginación. Desde este momento ya no tuvo tranquilidad, hasta que San Francisco de Sales, á quien rogó lo hiciese, habló con la señora de Chantal, lo que se verificó el mismo día.

La proposición regocijó y sorprendió á nuestra Santa, conociendo las muchas dificultades que se presentarían. No obstante, no dejó de manifestar su gozo, confundiendo en expresiones de agradecimiento á la señora de Boisy, sin atreverse, sin embargo, á dar una palabra formal, «sabiendo cuánto sentirían los dos abuelos de la niña verla salir de Francia.»

Apenas concluyó la octava del *Corpus*, salió la señora de Chantal de Annecy, y volvió á Borgoña, muy

contenta por conocer su vocación, y llena de las más agradables esperanzas respecto al buen éxito de sus proyectos. Por su parte San Francisco de Sales le escribía carta sobre carta, y en todas la manifestaba su alegría, diciéndola además que su alma estaba penetrada de una extraordinaria suavidad, y llena de incomparable certeza de que todo concurriría á la entera realización de sus comunes esperanzas.

Todo, en efecto, iba á concurrir á ello; y aun los mismos acontecimientos que á primera vista parecían deber dilatar ó comprometer el éxito, fueron, por el contrario, los que sirvieron para arreglar las cosas.

Hacia dos meses que había vuelto de Annecy la señora de Chantal, cuando las vacaciones del Parlamento la hicieron salir de Monthelón para ir al castillo de Thotes, en donde acostumbraba pasar algún tiempo, acompañando al Presidente Fremiot, su padre. Llevaba consigo á Celso Benigno, á las tres hermanas de éste y á Juanita de Sales, que siempre estaba con nuestra Santa. En cuanto llegaron, se quejó esta niña de un fuerte dolor de cabeza. Al pronto no ofreció ningún cuidado esta pequeña desazón, pero de repente la enfermedad se agravó y tomó un carácter tan alarmante, que á los pocos días ya no hubo esperanzas de salvarla. Con esta novedad en el castillo no resonaban sino llantos; los niños sollozaban sin consuelo, y la señora de Chantal, sobre todo, no podía contener su aflicción. La sola idea de ver morir en sus brazos á esta niña tan querida de San Francisco de Sales, que se la había confiado, la partía el corazón. Noche y día tenía clavados sus ojos en aquella lucecita que iba á extinguirse. Unas veces elevaba al cielo sus súplicas, y puesta de rodillas ofrecía á Dios su propia vida en cambio de la de aquella niña, y otras veces, desolada al ver los progresos visibles de la enfermedad, rogaba á Dios que la arrebatase una de sus propias hijas y conservase á Juana

de Sales. Pero ni sus ruegos ni sus lágrimas pudieron detener la creciente gravedad del mal, y bien pronto entró Juana de Sales en la agonía. Entonces fué cuando nuestra Santa, no escuchando más que á su dolor, cayó de rodillas, é hizo voto de dar á la casa de Sales una de sus hijas, para reemplazar á la que esta familia le había confiado. Apenas pronunció estas palabras cuando sintió un gran consuelo, y Dios la hizo entrever que esta donación sería uno de los medios de que se serviría su Providencia para realizar sus designios sobre ella. «Lavó después el cuerpo inocente de la joven difunta con más lágrimas que agua,» y subiendo á su cuarto escribió á San Francisco de Sales una conmovedora carta, cuya pérdida sentiremos eternamente.

Puede juzgarse del dolor de la Santa por la respuesta del Santo Obispo. Había sido tan excesivo este dolor, que San Francisco de Sales teme que haya escandalizado á los que han sido testigos de él, y la reprende por haberse abandonado demasiado á su pena. «¿Qué queréis dar á entender, querida hija, cuando decís que os habéis encontrado tal cual erais? Decidme, os ruego, ¿qué ha hecho vuestro corazón? ¿Habéis escandalizado á los que estaban presentes á ese triste acontecimiento? Decídmelo claramente, hija mía, porque en cuanto á mí, no me ha parecido bien que ofrecieseis vuestra vida ni la de alguno de vuestros hijos en cambio de la de la difunta. No, querida hija mía; es menester no solamente aceptar el golpe que Dios nos envía, sino también que sea en donde y como El quiera.»

«Os veo desde aquí—continúa—sufriendo con vuestro corazón vigoroso, que ama y quiere con gran fuerza y poder. Me alegro mucho, porque los corazones medio muertos para nada sirven. Pero es menester que nos ejercitemos mucho en amar la voluntad de Dios, más fuerte, tierna y amorosamente que á ninguna cosa de este mundo. Tenéis, hija mía, cuatro hijos, un buen pa-

dre, un hermano querido, y además un padre espiritual, y todo esto os es sumamente caro. Pues bien, si Dios os arrebatase estos objetos queridos, ¿no tendríais bastante con sólo Dios?»

Para animarla más á la resignación, la pone delante San Francisco de Sales el ejemplo de su propia madre, la madre de Juanita de Sales, la venerable señora de Boisy, que había sufrido este golpe con una constancia y fortaleza admirable. «El domingo por la mañana envié á llamar á mi hermano el canónigo (1), y como le había visto triste la noche anterior, y á todos los hermanos también, empezó á decirle: «Toda la noche la he pasado soñando que mi hija Juana ha muerto; decidme, ¿es verdad?» «Mi hermano, que me esperaba á mí para decírselo—continúa San Francisco de Sales,—conociendo que ésta era la mejor ocasión de presentarla el cáliz, y que aún no se había levantado de la cama: «Es verdad, madre mía—le respondió, sin añadir una palabra más, porque no se sentía con fuerza para ello. «¡Hágase la voluntad de Dios!»—dijo mi buena madre, y lloró abundantemente largo rato. Después, llamando á su Nicolasa (2): «Me quiero levantar—dijo—para ir á la capilla á rezar por mi pobre hija;» é inmediatamente lo hizo. Nada, ni una palabra de impaciencia, ni una sola mirada de inquietud se la escapó, sino que bendijo á Dios mil veces, y mil veces se sometió á su voluntad. Nunca he visto dolor más tranquilo: lágrimas abundantísimas, pero nacidas de enternecimiento, y sin sombra de despecho. Era, no obstante, su hija predilecta. ¡Ay! ¿Cuánto no deberé yo amar á tan buena madre?»

San Francisco de Sales estaba ocupado en la visita de su diócesis cuando tuvo tan triste noticia, y la inte-

(1) Juan Francisco de Sales, que fué después Obispo de Ginebra y sucesor del Santo.

(2) Nicolasa Rolland, su doncella.

rrumpió para venir á consolar á su madre. El mismo estaba sumamente afligido. «¡Ay! hija mía—dice en la misma carta á la señora de Chantal,—soy un pobre hombre! Mi corazón se ha enternecido mucho más de lo que yo creía; pero la verdad es que la aflicción de mi madre y la vuestra han contribuido mucho para el aumento de la mía, porque he tenido miedo del efecto que podía hacer el dolor en vuestro corazón y en el de mi madre. Pero en cuanto á lo demás, ¡oh! ¡viva Jesús! yo abrazaré siempre el partido de la Divina Providencia. Todo lo hace bien. ¡Qué felicidad la de esta niña, haber sido arrebatada de este mundo antes de que la malicia pervirtiese su espíritu, y haber salido de entre el fango de la tierra antes de haberse manchado con él! Ya os podéis figurar, querida hija mía, lo que yo querría á esta niña, á quien había engendrado para su Salvador, porque la bauticé por mi mano hará catorce años, y fué la primer criatura sobre la cual ejercité el orden sacerdotal. Yo era su padre espiritual, y, á la verdad, me prometía hacer de ella algo bueno. Y lo que me la hacía aún más querida (y digo la verdad) es que era vuestra realmente, á lo menos por cierta adopción. Pero, no obstante, querida hija mía, en medio del gran sentimiento que mi corazón de carne ha tenido con esta muerte, siento sensiblemente una cierta suavidad y un dulce descanso de mi espíritu en la Divina Providencia, que derrama en mi alma un gran contento en medio de estas penas (1).»

Esta larga y admirable carta, donde se ve cómo saben los Santos amar, llorar y resignarse, calmó un poco el dolor de la señora de Chantal. Apenas la recibió comenzó á hacer el ejercicio del amor á la voluntad de Dios que San Francisco de Sales la aconsejaba, y escribió en su librito la siguiente admirable fórmula

(1) Carta del 2 de Noviembre de 1607.

que rezó después á la mañana y á la noche: «¡Oh Señor Jesús! ya no quiero tener elección en nada; tocad la cuerda que queráis de mi laúd, siempre y por siempre no tocará más que esta sonata. Sí, Señor Jesús; sin condición alguna, sin pero, sin excepción, hágase vuestra voluntad sobre el padre, sobre los hijos, sobre todas las cosas, y sobre mí misma.»

Algunos días después de la muerte de Juana, estando la señora de Chantal sola con su padre el Presidente Fremiot, le dijo la proposición que le había hecho la señora de Boisy relativa al matrimonio de María Amada y el voto que ella misma acababa de hacer de dar una de sus hijas á la casa de Sales. El Sr. de Fremiot se quedó admirado y opuso á la señora de Chantal una porción de objeciones; la poca edad de María Amada, la juventud del Barón de Thorens, el dolor que le causaría la separación de esta niña, «porque—decía—si la envía fuera de Francia ¿cuándo la volveremos á ver?» La imposibilidad de que el Barón de Chantal y la familia toda consintiesen en ello... Mas á todas estas graves observaciones, la Santa respondía con dos razones aún más fuertes, la obligación de su voto, á que su conciencia no le permitía faltar, y el honor de enlazar su familia con la del Santo Obispo de Ginebra. Hizo valer tanto estos dos motivos que convenció al Sr. de Fremiot y le decidió á que él mismo escribiera á San Francisco de Sales aceptando la oferta de la señora de Boisy. «Pero es menester que os confiese, Ilmo señor—decía al concluir su carta—que sólo la fuerza que Dios ha dado á la Baronesa de Chantal, mi hija, hubiera podido arrancar de mis rodillas, de mis brazos y de delante de mi vista á esa niña tan querida.»

San Francisco de Sales contestó al instante al Presidente Fremiot dándole gracias por el honor que hacía á su familia, y escribió también al anciano Barón de Chantal, cuyo consentimiento había sido más difícil de

conseguir. Le rogaba creyese que nadie en el mundo recibiría el honor que les dispensaba con más reconocimiento que sus parientes y que él sobre todo, y que á pesar de estar muy lejos de merecer unirse con él en tan íntimo parentesco, esperaban, no obstante, corresponder á esta elección con el más entero, humilde y sincero deseo de servirles en cuanto les fuese posible. «Yo, muy particularmente, señor—añadía el Santo Obispo,—permitidme os diga que la amistad, no sólo fraternal, sino aun paternal que tenía á mi querida hermanita, me ha quedado en el corazón para darla á otra aún más pequeña que la Providencia me destina, y á quien se la daré, en efecto, con el aumento del respeto y estimación que os profeso, como también al Sr. Presidente y al Ilmo. Sr. de Bourges, sin contar con la dilección que debo á su señora madre, vuestra querida hija (1).»

Al mismo tiempo la señora de Chantal escribía á la señora de Boisy para manifestarla toda su satisfacción. «Señora y mi buena madre; los señores abuelos de mi hija, gracias al Señor, escriben muy contentos y deseosos del honor de enlazarse con vuestra respetable y querida familia. ¿Qué me queda á mí que hacer ahora, sino rogar á Dios que esta hija sea para vos agradable, hermosa, virtuosa y digna de la honra de entrar en vuestra santa casa? ¡Ser hermana de un hombre tan grande, tan santo! ¡Oh qué felicidad! No quiero dejarme llevar del gran contento que esta dicha me inspira. Suplico á nuestro Señor que esta obra sea para su gloria, salvación y tranquilidad de nuestros hijos y consuelo nuestro (2).»

Tres meses después, San Francisco de Sales, cediendo á la impaciencia de su madre la señora de Boisy y también por un secreto presentimiento de que todos

(1) *Cartas autógrafas de los archivos de Annecy.*

(2) *Proceso de canonización. Parte compulsorial, folio 154.*

estos acontecimientos servirían para acelerar la grande obra, vino á Borgoña á presentar por sí mismo á su hermano, el joven Barón de Thorens, á las dos familias de Fremiot y Chantal. La alegría fué recíproca, se arregló el contrato, que no fué firmado hasta el mes de Febrero siguiente, se convino en todos los preliminares, y el joven Barón de Thorens quedó definitivamente como prometido de María Amada de Chantal.

Ya se principiaba á ver alguna claridad en la grande empresa que seis meses antes parecía imposible. El matrimonio debía verificarse dentro de uno ó dos años, y la señora de Chantal, que no podía dejar ir sola á la Baronesa, iría con ella. Francisca y Carlota acompañarían á su madre, que continuaría su educación en Saboya, y Celso Benigno se quedaría con su abuelo, encargado hacía tiempo de dirigir sus estudios. De este modo se desvanecían las dificultades de familia, que eran las principales.

Pero tal es la miseria del corazón humano, que después de haber deseado ardientemente un sacrificio cuando se le ve lejos, al ver que es posible y está cercano, se llena el corazón de espanto, se conmueve y le rechaza. Próxima á ver realizarse sus proyectos, la señora de Chantal se sintió asaltada de grandes tentaciones. Dudó de su vocación, del éxito de la empresa, de la voluntad de Dios, y aun casi de las luces de su Santo director. «Y bien, querida hija mía—le escribe San Francisco de Sales,—vuestra imaginación ha estado turbada é intranquila estos dos ó tres días. No lo extraño, porque tenéis un carácter tan delicado y tan celoso de lo que una vez habéis resuelto, que todo lo que es contrario, por poco que sea, os es sumamente sensible... Verdaderamente sois admirable, hija mía, pues que no os contentáis con que nuestro árbol quede bien y profundamente plantado, sino queréis que no se mueva ni una sola hoja. Creedme; no os apuréis por esas bagatelas de

si faltáis á nuestras resoluciones, ni á la confianza y tranquilidad que en ellas debéis tener, como tampoco en este vuestro padre, porque son temores que no valen nada. Por lo demás, tenéis un buen confesor, docto y prudente; decidle francamente nuestros proyectos como son en sí, para que con sus avisos se dilate vuestro espíritu: seguro estoy de que nada cambiará, antes bien os confirmará en ellos y os animará. Yo lo he dicho al Sr. Rector de Chambery, sin nombrar á nadie, y me animó á ello, lo mismo que otro respetable eclesiástico á quien lo dije también. Por último, mil veces lo he tratado con Dios, ¡ay de mí! no con toda la reverencia que debía, y siempre se ha dignado confirmarme y animarme. Explicad, pues, bien todas las cosas á vuestro confesor; decidle las consideraciones que detienen vuestra salida, y las que tengo hechas para esta clase de vida después que salgáis, y veréis cómo nuestras determinaciones están bien tomadas, porque están inspiradas por Dios. Por mi parte no lo pongo en duda ni un solo momento» (1). Algunos días después la volvió á escribir: «Hija mía, burlaos de todas esas impertinencias, y tratad de dormir bien; quiero decir, pensad que estáis en lugar del bendito San Juan, y que debéis dormir y descansar en el pecho de nuestro Señor, descansando en los brazos de su Providencia. Ánimo, pues, hija mía; no busquemos más que la gloria de Dios; ciertamente así nos parece, y si en verdad encontrásemos otra que no fuese ésta, inmediatamente la arrancaríamos de nuestro corazón. Luego ¿por qué nos atormentamos?» (2).

Estas palabras, como sucedía siempre en todas sus turbaciones, tranquilizaron á la señora de Chantal y la volvieron la paz. «¡Oh Dios mío—decía después,—qué terrible fué este asalto! No apliqué otro remedio que el

(1) Carta del 5 de Febrero de 1608.

(2) Carta del 7 de Marzo de 1608.